



## **La Conjunción: una clave antropológica**

A pesar de los prodigiosos conocimientos que disponemos en torno al hombre, éste sigue siendo un misterio para nosotros mismos. No disponemos de una idea unitaria del hombre y persiste la perplejidad e ignorancia en torno a la cuestión del ser del hombre pese a los crecientes saberes parciales que sobre lo humano no dejan de acumularse. Heidegger lo dirá de modo explícito: “Ninguna época acumuló tantos y tan ricos conocimientos sobre el hombre como la nuestra. Ninguna época consiguió ofrecer un saber acerca del hombre tan penetrante. Ninguna época logró que este saber fuera tan rápida y cómodamente accesible. Ninguna época, no obstante, supo menos qué sea el hombre. A ningún tiempo se le presentó el hombre como un ser tan misterioso”<sup>1</sup>.

El problema crucial de nuestro tiempo es la necesidad de un pensamiento apto para aceptar el desafío de la complejidad de lo real, es decir, apto para aprehender las relaciones, las interacciones y las implicaciones mutuas, los fenómenos multidimensionales. Es el misterio de la unidad, de la conjunción de tantas dimensiones heterogéneas y divergentes.

El hombre, verdadero microcosmos, es una realidad compleja que anuda y contiene en sí todas las dimensiones de la realidad (física, química, biológica, psíquica, espiritual, cultural). La palabra complejidad deriva de *complexus*, lo que está tejido junto, es decir, alude a un tejido de constituyentes heterogéneos e inseparablemente asociados. Debemos reconocer que el sistema universitario no está preparando a los estudiantes para afrontar la complejidad del hombre y de la realidad. El “paradigma de la simplificación, como lo ha

---

<sup>1</sup> Heidegger, Martin, *Kant y el problema de la metafísica*, ed. FCE, México, 1954, p. 169.



denominado el sociólogo Edgar Morin<sup>2</sup>, conduce a la disyunción, al reduccionismo y la abstracción. En virtud de lo primero el pensamiento desune realidades inseparables sin poder considerar su vínculo, separa realidades que están intrínsecamente unidas. Es así como nuestra atmósfera cultural está atravesada por disyunciones clamorosas que nos impiden tener una visión integradora y verdadera de lo real: *res cogitans-res extensa*, cuerpo-alma, hechos-valores, naturaleza-cultura, individuo-sociedad, cerebro-mente, fe-razón, gracia-libertad. Pero la verdad, de maravillosa complejidad, el misterio, nunca del todo esclarecido, radica justamente en la conjunción, en la **y**: cuerpo y alma, naturaleza y cultura, hechos y valores, cerebro y mente, lo voluntario e involuntario. Entreverados, íntimamente asociados, muchas veces indiscernibles en la unidad de lo real. Todo indica una acción recíproca, un efecto mutuo, una causalidad circular. Unidualidad: dualidad, pero no dualismos; evitando tanto las disyunciones como los reduccionismos. Pero una gran disyunción que rige sobre la cultura occidental desde el siglo XVII remite el cuerpo y el cerebro al reino de la ciencia, sometiéndolo a las leyes deterministas y mecanicistas de la materia, mientras que el espíritu, refugiado en el reino de la filosofía y de las humanidades, vivió en la inmaterialidad, la creatividad, la libertad. Se estudia lo mismo (supongamos las sensaciones) pero uno en el edificio de las Ciencias, donde se estudia “el cuerpo”, (y allí se hablará de afectores, efectores, transmisión al cerebro vía medula espinal: leyes necesarias), y en el otro, en el edificio de Humanidades, donde se estudia el alma, se hablará de la riqueza cualitativa del color azul, que sugiere tranquilidad, el rojo, vitalidad, etc. Aunque se estudie lo mismo, se trata de dos mundos separados y en sus respectivos edificios. Sí, es necesario distinguir (cuerpo y alma, naturaleza y cultura, cerebro y mente) pero sin separar; es necesario unir, pero sin confundir. Porque en la realidad no hay nada que sólo sea corpóreo, sino que siempre está atravesado por significaciones espirituales, y viceversa; nada exclusivamente biológico ni psicológico ni natural ni cultural. Es imposible describir puramente “hechos” sin que se cuelen valoraciones, nada meramente corpóreo ni

---

<sup>2</sup>Cfr, Morin, Edgar: *Introducción al pensamiento complejo*, trad al cast de Marcelo Pakman, ed. Gedisa, Barcelona, 1994.



nada solamente espiritual, del todo natural o del todo cultural. Nuevamente lo decimos: la verdad está en la **Y**. Es necesario tomar los dos extremos y evitar que se separen, mantener esa tensa unidad de naturaleza y cultura, sujeto y objeto, cuerpo y alma, fe y razón, razón y sentimientos, cerebro y mente; Cristo es Dios y hombre. No se trata de planos superpuestos, sino de hilos entrelazados. Si se enfatiza uno de los dos extremos, inevitablemente se incurre en el error de los reduccionismos: materialismos, espiritualismos, naturalismos, culturalismos, racionalismos, fideísmos. “Toda verdad es tensión entre evidencias contrarias que reclaman nuestro simultáneo acatamiento”. Es lo que propone Pascal: la verdad consiste en la unión de diversas verdades que, cuando están aisladas y se presentan como exclusivas, devienen errores. Es que la verdad tiene una delicada estructura arquitectónica que se debe respetar para mantener su armonioso equilibrio. “Nada más difícil que impedirle a una idea salirse del lugar donde es cierta”<sup>3</sup>. El error -decía Chesterton- no es más que una verdad que se ha vuelto loca, una verdad que se torna totalitaria se desorbita y sale del fino entramado en la encuentra su lugar y sentido junto con las otras verdades. Cuando esas verdades se absolutizan pretendiendo explicar todo lo real, devienen en errores. El error no es más que una verdad de bajo rango; en las ciencias humanas el error nace de un abuso de una verdad”<sup>4</sup>.

El sistema universitario, la configuración actual de las disciplinas, no forma adecuadamente ni dispone de un instrumental adecuado para apreciar la complejidad de lo real, tanto más cuando hay algunos que se empeñan en levantar acta de defunción de la metafísica y se menosprecia a las humanidades. Y cuando se quiere evitar la disyunción, porque la unidad es evidente, y se intenta asociarlas e integrarlas, se suele incurrir en el otro error: el reduccionismo; éste consiste en la explicación de lo más complejo a partir de lo menos complejo: se reduce lo antropológico a lo biológico e incluso lo biológico a lo físico

---

<sup>3</sup> Gómez Dávila, Nicolás, *Escolios a un texto implícito*, ed. Atalanta, Girona, 2009.

<sup>4</sup> Gómez Dávila, N., *Ibidem*.



químico. Abundarán las *explicaciones genealógicas tendientes a explicar lo superior a partir de lo inferior: es la llamada explicación ab inferiore*, lo espiritual es explicado o reducido a fenómeno psicológico, y lo psicológico a su vez a lo biológico. Así el amor provendría de la sublimación de la libido, cuando no, “porque me subió la bilirrubina” como dice la canción. La ciencia, el arte, la religión serían epifenómenos explicados desde la “hermenéutica de la sospecha”: en lo psicológico por Freud, en el social por Marx y en el moral por Nietzsche.

Se asegura que el aumento informacional y la heterogeneidad de saberes hace imposible toda articulación unitaria. El especialista debe marginar las cuestiones fundamentales por generales, vagas, difíciles, abstractas y no operacionales. ¿Qué es el hombre?, ¿qué es el mundo?, ¿qué es el hombre en el mundo?, son preguntas que el científico sistemáticamente deja de lado y, a lo más, a la edad de retirarse, se tolera que los grandes dignatarios de las disciplinas científicas adopten cierta altura meditativa.

Esta situación actualmente es insostenible. El científico desemboca en agudas cuestiones filosóficas y frecuentemente carece de preparación para enfrentarlas de un modo que no sea unilateral, unidimensional o reduccionista. Actualmente nos encontramos en un momento decisivo en que el hombre dispone de tal poder sobre los resortes originarios de la vida, que la visión que se tenga del hombre será decisiva para el futuro de la humanidad. Este poder es aún más radical y afecta más íntimamente al hombre que el que dispuso hace casi setenta años con el dominio de la energía atómica. Este dominio no afecta sólo a la estructura íntima de la materia, sino a lo que el hombre mismo es en su organismo y en su mente. Pronto alcanzaremos la posibilidad de manipular y configurar a cualquier hombre tanto en su autonomía reproductora -el gen- cuanto en su autonomía individual -el cerebro. Constituye una retroacción del espíritu sobre las condiciones fisico-química-biológicas que lo hacen posible. Esta posibilidad representa un evento capital en la historia de la humanidad y de la vida entera. El control de nuestras determinaciones naturales a partir de nuestras aptitudes espirituales y nuestras finalidades culturales no sólo



promete perspectivas esperanzadoras y exaltantes -como lo son las terapias génicas y el remedio a carencias bioquímicas-, sino que, asimismo, de no existir una adecuada visión acerca de la naturaleza del hombre, prepara eventualidades terroríficas. Y mientras tanto, sigue dándose una práctica de investigación científica fundada en conocimientos parciales, atomizados, unidimensionales e ignorantes de la complejidad del todo cuyo conocimiento sería necesario para guiar la acción. Abruptamente se desemboca en problemas filosóficos de gran envergadura: qué es la vida, cómo se interrelacionan mente y cerebro, la inteligencia artificial, metaverso y calentamiento global. El ideal ilustrado presente en la aurora de la Modernidad “ser dueños y poseedores de la naturaleza”, ha permitido grandes desarrollos y el definitivo despegue de la ciencia experimental, pero a la vez, ha conducido a violencias destructoras y daños irreparables sobre la complejidad viviente, que retroactúa de manera perjudicial sobre la esfera humana misma.

Quizás podemos decir, siguiendo a Leonardo Polo<sup>5</sup>, que el malestar de fines de siglo se origina por el empleo abusivo del método analítico, en respuestas exclusivamente analíticas a problemas que no lo son. Debido a ello empezamos a toparnos con un gran número de efectos secundarios, que al poco tiempo, devienen en efectos perversos. El desencanto contemporáneo tiene entonces su origen en la profusión de efectos perversos por el empleo del método analítico en el abordaje de problemas complejos. El análisis -que permite actuar- rompe el tejido de las conexiones que hubiesen permitido comprender.

El médico, el economista, el psicólogo son formados analíticamente; esto es inevitable. Sin embargo, si se quiere afrontar la complejidad de los problemas actuales sin una mirada ciega y mutiladora debido a esa formación unidimensional, se deberá tener una mirada humanista sensible al arte, a la religión, a la filosofía. “El hombre es una unidad que

---

<sup>5</sup> Cfr: Polo, Leonardo, *Quien es el hombre*, ed. Rialp, Madrid, 1991.



no se reconstituye partiendo de su análisis”<sup>6</sup>. Lo maravilloso del hombre radica en su integridad dinámica, en ser un fascinante microcosmos que recoge en sí todas las dimensiones de la realidad: física, química, biológica, psicológica, espiritual, social.

Todo indica que el desafío de la globalidad es al mismo tiempo un desafío de complejidad. La partición de las disciplinas hace imposible captar “lo que está tejido junto”, es decir lo complejo, según el sentido original del término. Existirá complejidad mientras sean inseparables los componentes diferentes que constituyen un todo (como lo económico, lo político, lo sociológico) y haya un tejido interdependiente entre los distintos componentes.

Detrás del desafío de lo global y lo complejo se esconde otro desafío: el de la expansión incontrolada del saber. El crecimiento ininterrumpido de los saberes edifica una gigantesca torre de Babel, donde susurran lenguajes discordantes. Suelo citar el pasaje del coro de las Rocas de T.S. Eliot: “¿Dónde se encuentra la cultura que hemos perdido con la información? ¿Dónde se encuentra la sabiduría que hemos perdido con el conocimiento”? Información, cultura, sabiduría; no son lo mismo. El conocimiento requiere de organización y puesta en relación de las informaciones. Estamos inundados de información, expuestos a un inédito, novísimo y maravilloso polvillo informativo, pero eso no es cultura. Hay una verdadera crisis de la memoria: hay muy poco conocimiento interiorizado, *by heart*, de corazón, porque siempre se acude a fuentes externas a Mr. Google y compañía. Las pantallas se han convertido en monstruos atencionales, devoran mucho tiempo de cerebro disponible. Como si el saber fuese algo que estuviese a total disposición, algo que se descarga, lejos de algo que se conquista interiormente. Se requiere de un verdadero saber para cribar la información relevante. No llegamos a integrar nuestros conocimientos, menos aún a adquirir una verdadera sabiduría -ésta es la gran ausente- en orden a conducir nuestras vidas. Las tentativas interdisciplinarias suelen fracasar por el susurro discordante

---

<sup>6</sup>Ibidem, p. 48. “las diferencias del hombre son internas, tanto si lo consideramos somática como anímica y espiritualmente (...) El hombre es intimidad antes que composición” (p. 48).



de lenguajes especializados. La verdad siempre se presenta como una “unidad compleja” a la que se accede por muchas perspectivas complementarias. Tarea de la universidad es afrontar la tensión presente en esta complejidad: la tensión entre especialización y unidad del saber.

Una de las disyunciones que afecta a todos nuestros problemas antropológicos es la escisión entre naturaleza y cultura. Pero lo hemos dicho: la verdad está en la conjunción. Nada hay solo cultural ni exclusivamente natural, se requieren y entrelazan mutuamente.

Si se hace radicar la dignidad del hombre en la autonomía, en su diferencia con respecto a los demás seres naturales, en el ser más que naturaleza, la persona no puede volverse a ella en busca de un criterio o norma para su actuación. La norma a partir de ahora debe venir desde otra instancia, la conciencia, por ejemplo, mas no de la naturaleza. Esta total autonomía y trascendencia del hombre respecto de la naturaleza supone emanciparse de ella, abandonarla. Aquí estriba una de las principales conquistas de la modernidad: la naturaleza ha dejado de ser un límite para la libertad humana que, gracias a la razón, la ciencia y la técnica han ampliado considerablemente el campo de la acción humana. En este contexto, el hombre es lo “otro que la naturaleza”, y se contrapone a ella como libertad, racionalidad, actividad. Es esto lo que hoy es insostenible; no debemos mantener por más tiempo un modo de pensar que identifique dignidad con autonomía e intente sustraerse a la naturaleza. La sensibilidad ecológica hoy nos sitúa ante los límites naturales que habíamos perdido de vista ante tanta mediación cultural y actividad transformadora. En la destrucción de la naturaleza estamos dinamitando los supuestos de nuestra libertad y a nosotros mismos como seres simultáneamente naturales y libres. Hoy se desprecia la idea de que existe una naturaleza, el único concepto capaz de otorgarle un sólido fundamento a los derechos humanos. Se defiende, a cambio, un constructivismo que, entre otras cosas, alimenta la ideología del género, según la cual cada individuo puede configurar a su antojo su propia naturaleza, liberándola de supuestos roles culturales y sociales.



Este es el desafío frente a los dualismos y reduccionismos: vernos a nosotros mismos simultáneamente como seres naturales y libres. Ciertamente la actividad humana se destaca de la naturaleza y necesariamente ha de trascenderla, pero, para ser correcta y manifestativa de la persona, no puede olvidar la naturaleza. Spaemann ha mostrado de modo convincente como una naturaleza considerada teleológicamente supera estas disyunciones y fisuras y nos permite comprendernos simultáneamente como seres libres y dotados de una naturaleza que debe ser trascendida, pero no olvidada, si anhela ser digna. Si, ciertamente nos preocupa la extinción de la ardilla moteada, pero mucho más grave es atender contra la naturaleza humana. De otro modo el espíritu se erige frente a la naturaleza y la considera como mera materia prima. Advertimos, que lo natural, concebido en forma teleológica, no es lo natural tal como se entiende modernamente, es decir, como lo primitivo, lo nativo u originario, sino como un dinamismo inmanentemente dirigido a la plenitud de su propia naturaleza.

Los dualismos modernos proceden de esta desteleologización de la naturaleza que divide la realidad en dos reinos independientes entre sí: el reino de la libertad y el de la necesidad, del espíritu y de la materia, el mundo de las causas y el de los fines, naturaleza y cultura. “Hechos desprovistos de valor y un reino de valores opuesto a estos hechos es el producto de la desintegración de la *entelequia* precedente”<sup>7</sup>. La realidad es algo que se define por la plenitud que es capaz de alcanzar y a la que aspira. La naturaleza del matrimonio viene dada por sus notas constitutivas a las que aspira en potencia, exigencia y esencia: unidad, indisolubilidad y fidelidad. Las nociones de perfección y naturaleza se reclaman mutuamente.

---

<sup>7</sup> Spaemann, R., *Crítica de las utopías políticas*, trad. de Alberto Clavería, EUNSA, Pamplona, 1980, p.189.



Pero, en la modernidad se dan simultáneamente dos visiones contrapuestas respecto de la relación del hombre con la naturaleza (la de Hobbes y Rousseau), las dos fundadas en la moderna distinción entre el hombre y la sociedad. Por un lado, la naturaleza es mera materia prima para que el hombre se libere de la dura necesidad; por otro, el hombre empieza a verse a sí mismo como el contaminador y el depredador de la naturaleza. Cuando se olvida la naturaleza teleológica, parece inevitable oscilar entre el espiritualismo y el naturalismo. En ambas concepciones ilustradas naturaleza significa naturaleza muerta, sin teleología intrínseca ni interioridad, ni dinamismo inmanente alguno; naturaleza sin hombre, ya sea como mero receptáculo para la actividad creadora del hombre de quien proviene el fin que él quiera darle, o naturaleza no tocada por él ...montañas, bosques, lagos y ríos.

“A pesar de los opuestos que son estos dos argumentos, en el fondo se implican y se generan mutuamente desde hace siglos como los dos polos de la moderna visión del mundo: naturalismo y espiritualismo (...) En ocasiones la naturaleza no significa nada frente al espíritu y en otras ocasiones el espíritu se considera reductivamente como un mero fenómeno natural. Solamente una cosa no debe ocurrir nunca en el marco de la cosmovisión moderna: que la naturaleza misma reciba una dimensión espiritual o el espíritu una dimensión natural”.

Precisamente porque la naturaleza no se opone a la cultura, sino que remite *de suyo* a ella, cabe encontrar en la naturaleza criterios para los desarrollos culturales. Si la naturaleza es teleológica, esa plenitud hacia la que tiende sólo puede lograrse culturalmente. Ella puede ofrecernos orientaciones y criterios para los desarrollos culturales. Como seres racionales sabemos que nuestra humanidad está vinculada a procesos naturales que rigen las operaciones vegetativas básicas relativas a la nutrición y la sexualidad. Este conocimiento racional y científico nos ha dado el poder en nuestro siglo de cuestionar y separar lo que naturalmente se encuentra unido, separar tanto la función



objetiva del placer subjetivo que trae aparejado, como desconectar la función natural de la función cultural. Pero comer no es sólo nutrición ni tampoco el placer que comporta, sino ambas cosas unidas.

Las acciones culturales que destruyen la naturaleza teleológica son irracionales, puesto que cultura es naturaleza humanizada, no naturaleza suprimida. Lo natural para el hombre es lo racional, ya que es al ser racional al que propiamente se le aparece lo natural como tal. Precisamente la prosecución armónica de las tendencias naturales -naturales y racionales- bajo la dirección de la razón, es a lo que se denomina virtud. De este modo la acción natural al hombre, la acción que trasciende la mera naturaleza en la misma medida en que la secunda y continúa, es la acción virtuosa. Es la propia naturaleza la que hace posible e incoa esa prosecución racional que debe darse en el seno de una verdadera cultura.

El desafío del presente es evitar caer en los naturalismos y espiritualismos propios de una modernidad dualista, y ser capaces de vernos como seres simultáneamente naturales y racionales. Es una ilusión pensar que la libertad aumenta si se deja atrás o se prescinde de los límites naturales que son precisamente los que otorgan un fin y un sentido a la actividad humana. La presunta liberación de la naturaleza no conduce a la humanización del hombre, sino a su naturalización<sup>8</sup> y a la consecuente degradación de su dignidad.

Presenciamos una crisis radical del humanismo, una crisis antropológica y metafísica. El término “cultura” procede de una metáfora agrícola. La tierra puede ser cultivada o permanecer inculta. Cultura es también cuidado, cultivo del espíritu. No es extraño que la aplicación más relevante del vocablo “culto” se refiera precisamente a la veneración de Dios, y en general, a lo divino. Es significativa la relación que en alemán existe entre los

---

<sup>8</sup> A este respecto es muy ilustrativa *La abolición del hombre* de Clives Staples Lewis.



términos que designan el arte, el culto y la cultura (*Kunst, Kult, Kultur*). Un mismo verbo vincula lo que se refiere al cultivo agrícola de la tierra con el culto a Dios, a la materia y al espíritu. Lo propio de la idolatría es proponernos rendir un culto que tiene como finalidad la obra de nuestras manos. El agricultor reconoce que el fruto no proviene solamente de sus esfuerzos, sino de la naturaleza; la acción médica se subordina por completo al curso natural, procura reestablecerla allí donde se ha perturbado. Cuando la cultura pierde el sentido de lo religioso se extravía: se transforma en *demiurgia*. Y a la inversa, una religión que pierde el sentido de la cultura se petrifica, deviene espiritualismo. Debemos tomarnos en serio la realidad de la encarnación, no simplemente como dato de la revelación sino como estructura de la realidad. Cuando el hombre se considera como Creador, acaba por querer crearse a sí mismo y ya no es para sí mismo más que un material. Hay un punto crítico más allá del cual el hombre deja de ser el colaborador de Dios para convertirse en su rival, y cual Prometeo embriagado por sus conquistas, consiente a la vieja serpiente del Edén que promete igualarle al Creador.

Cuando el modelo de la cultura deja de ser el de la agricultura, y pasa a ser el de la industria, e incluso de la ingeniería posindustrial, comienzan las manipulaciones ilimitadas del genoma y la desencarnación digital, pérdida tanto de lo material como de lo espiritual. La noción de naturaleza aparece a los nuevos demiurgos como algo del todo cuestionable. Para ellos lo humano es la libertad que se determina a sí mismo absolutamente, no a partir de algo dado, sino que es un algo dado que estaría ahí solo a título de material manipulable. Se quiere transitar hacia lo transhumano. En este contexto la cultura se degrada en subcultura, se desnaturaliza profundamente y se transforma en ingeniería humana. El “transhumanismo” de un Dante consiste en cultivarse, y de ese modo, abrirse a lo trascendente partiendo del fondo de la naturaleza humana, débil y mortal, pero capaz, por amor, de atravesar el infierno.



Debemos saber reencontrar el sentido de la cultura que en Occidente está trabajada desde su raíz por el Evangelio. El hombre no es una existencia sin esencia, una libertad que se construye a sí misma (y así se destruye a sí misma), sino que es antes que nada una presencia, un regalo, un don. Además, tenemos la buena noticia de la Revelación que nos dice que la naturaleza humana ha sido elegida antes de la creación del mundo e incluso asumida por Dios en persona. Dios es el creador y el redentor del hombre y no de un ciborg superperfeccionado. Es el hombre que muestra Pilato, un hombre flagelado, entregado a las burlas y desde allí manifiesta su verdadera grandeza. No en el poder ni en la acumulación del tener, sino en la ofrenda del ser. No en un saber que domina, sino en una hospitalidad que acoge, que se asombra ante la incomprensible belleza de un rostro.

El cristianismo al predicar el Logos encarnado sostiene el acuerdo de la razón y la fe, de lo natural y lo sobrenatural, de la carne y el espíritu. Pero encontramos a nuestro alrededor esas *membra disjecta* de la modernidad, ideas que se separan del tronco y de sus raíces cristianas. La modernidad intenta volver la esperanza cristiana en algo completamente immanente y antropocéntrico. La posmodernidad propone falsas trascendencias, parodias de paraíso. La primera señala posibilidad del hombre sin Dios, la segunda sueña algo peor: la posibilidad del hombre sin lo humano<sup>9</sup>.

El *Génesis* bíblico ordena dominar la tierra y someterla. El delirio tecnocrático comprende esta dominación no como tarea de acoger y de prolongar la naturaleza en una acción de gracias, sino con el orgullo de explotarlo y de deformarlo, al albur de nuestros caprichos. Bienvenida sea la ecología: el hombre está llamado, como en los Salmos, a alabar a Dios con toda la creación. Pero cierto ecologismo comprende esa alabanza como una regresión animal que nos lleva a aullar con los lobos y a balar con las ovejas. Así la

---

<sup>9</sup> Hadjadj, Fbrice, Ibidem , p.



tecnocracia separa el logos de lo divino y lo vuelve contra la carne; el ecologismo separa nuestra carne del logos y reduce lo divino a una naturaleza material e impersonal.

La formulación dogmática de Calcedonia afirma la unidad de Cristo, una sola persona en dos naturalezas, divina y humana, naturalezas que no se confunden, pero tampoco se separan, y que es capaz de iluminar todo un programa educativo. El descubrimiento de las exigencias de la encarnación nos debe llevar a tomar conciencia de la profunda unidad del cuerpo y el alma, de lo temporal y lo eterno, de lo natural y lo sobrenatural, de la razón y la fe. El hombre todo entero es sensible, y todo entero espiritual. En el hombre una relación puramente física es también una relación espiritual. Y cuanto menos espiritual es, también es menos física. Nuestras percepciones están siempre iluminadas por nuestro espíritu, y lo visible y audible no son sólo colores, sonidos, sino también y en primer lugar seres, palabras, armonías. La persona está hecha como una “totalidad unificada” de cuerpo y alma, que madura y logra su sentido en relación con el diálogo y la comunión interpersonal.

El descubrimiento de las exigencias de la encarnación es clave para entender el hombre y el mundo. Permite distinguir entre naturaleza y naturalismo. La encarnación, o la inserción de lo espiritual en lo temporal, constituye la articulación misma de la creación que conocemos. La tarea del hombre consiste en operar la conexión entre lo espiritual y lo corpóreo. Y encarnar lo espiritual es un objetivo que lleva consigo la tensión entre lo ideal y lo real. De ahí que la grandeza de un ideal depende del grado de encarnación en la realidad. Debemos amar la realidad, con todas sus limitaciones, en tiempos en que el metaverso puede succionarnos en mundos virtuales e irreales.

Lo que ha ocurrido en el mundo moderno es que la realidad humana se ha ido desencarnando, haciéndose cada vez más abstracta, como vaciada desde dentro. Se separa de modo drástico el ideal teórico (espiritual) de la acción práctica, por la impotencia de lo primero para pasar a la acción concreta. El pensamiento realista es un movimiento que va



de lo ideal a lo real, y de lo real a lo ideal. Sólo el realismo cristiano explica cómo el barro, el fango de la naturaleza humana, puede, de veras, revestirse de espíritu y recobrar la grandeza perdida por la caída. En las fuentes de la experiencia cristiana se dan indisolublemente unidas la grandeza y la humildad, lo temporal y lo eterno. Lo espiritual, lo intelectual y lo carnal no son, como pretende Pascal, tres órdenes separados, exclusivos el uno del otro. El trabajo del hombre consiste en unirlos, espiritualizar lo temporal, encarnar lo espiritual. El trabajo humano es capaz de espiritualizar las cosas materiales más ordinarias, convertir en oro, como el rey Midas, las realidades más cotidianas (San Josemaría). Lo espiritual considerado separado y aislado, es un absoluto estéril donde la vida no puede arraigar. Lo temporal separado y aislado de lo espiritual será tragado por Cronos y será una realidad contingente, miserable, incapaz de asumir un ideal.

La Encarnación nos habla de esta misteriosa inserción de lo eterno en lo temporal, de lo espiritual en lo carnal. La vida verdadera está compuesta por esta unidad. El valor supremo de la Encarnación reside en la unidad que establece entre Dios y le hombre. Ello, porque un día, en la historia universal, en un momento de lo temporal, el Eterno consintió en encarnarse, y así todas las brumas y el mundo se iluminan en una luz perdurable. “Es para hacerte eterno que Dios está en el tiempo” (San Agustín). La vocación eterna del hombre, su vocación a la comunión con Dios<sup>10</sup>, puede y debe nacer en cada día, y en cada hora de su vida en el tiempo. En un mundo donde la Encarnación es el centro, estos dos dominios no se oponen.

**Jorge Peña Vial**

---

<sup>10</sup> “La más alta razón de la dignidad humana está en la vocación del hombre a la comunión con Dios. Ya desde el nacimiento el hombre está invitado a un diálogo con Dios, pues no existe sino porque, creado por el amor de Dios también gracias al amor sigue existiendo; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente ese amor y se entrega a su Creador” (*Gaudium et Spes*, 19,1).